

Una Habitación Como un Jardín

Caminamos junto a un río tan verde como el té matcha, subimos una colina junto a un gran instituto, seguimos un rato por un tranquilo barrio residencial y finalmente llegamos a una tienda. Contrariamente a lo que esperaba, es una pequeña tienda de conveniencia que podría estar en mi ciudad natal. Ocupa la planta baja de un edificio de tres pisos en una esquina. Macetas rodean la entrada, una explosión de flores amenaza con desbordarse hacia la carretera. Más plantas cuelgan del balcón del segundo piso, cubriendo descaradamente el logotipo azul de la cadena nacional. Hay un aire de descuido casual en el lugar, como si dijera al mundo que no se preocupe por las pequeñas cosas.

Al entrar por las puertas automáticas, suena una melodía familiar. Miro a mi alrededor pero no veo a ningún otro cliente.

—Eh, disculpe... —digo tímidamente a la espalda de una mujer agachada detrás del mostrador. Parece ocupada haciendo algo ahí abajo.

—¿Sí?

Cuando levanta la vista, veo que tiene rasgos marcados y una placa con el nombre CAROL en el pecho.

—Eh, me llamo Iwato.

—¿Hmm?

—Eh, la llamada de hace un momento...

—¿Hmm?

—Ehhh...

Me mira con desconfianza. Souta, ¿qué hago? Le envío llamadas psíquicas de auxilio apretando la bolsa en mi espalda. Por supuesto, él no puede contestar en esta situación. Pero justo cuando empiezo a pensar que tendré que retirarme temporalmente, alguien llama desde el fondo de la tienda.

—¡Ah, sí, sí! Debes de ser la pariente de Souta. ¡He oído hablar de ti!

Una anciana diminuta con un peinado de seta blanco como la nieve sale dando pasitos en sandalias. Lleva el mismo uniforme de rayas azules que Carol, y la placa en su pecho dice OKINU.



—Aquí tienes la llave de la habitación de Souta. Es la 301 — dice, entregándome la llave. Debe de ser la casera de la que habló.

—¿Su pariente? —pregunta Carol a la casera, que responde en lo que creo que es inglés. Carol me sonríe.

—¿Cuándo volverá de su viaje?

—Eh, lo siento, no lo sé muy bien.

—Espero que vuelva pronto —dice la casera, con un tono bastante melancólico.

Carol dice algo como “qué dulce” o “qué mona”, y la casera añade soñadora:

—Es un hombre tan apuesto...

Parece que es un inquilino muy popular. Aprieto la bolsa con más fuerza.

—Eh, gracias —digo, haciendo una reverencia.

—Sal fuera y encontrarás la escalera a tu izquierda. Tómate tu tiempo —dice la casera, levantando la mano junto a la cara y saludando.

* * *

Cuando abro la puerta, una pared de aire caliente me golpea en la cara. Le sigue el olor de una biblioteca escolar, luego el de jabón y otros productos del hogar, y finalmente un aroma muy tenue, desconocido y elegante que me hace pensar en una ciudad extranjera. Un olor a adulto, pienso.

—Adelante —dice Souta, asomando la cabeza de la bolsa.

Me quito los zapatos en un pequeño recibidor apenas lo bastante profundo para ellos y subo al apartamento. Estoy en la cocina, que es más bien un pasillo ancho que una habitación. Más allá hay una sala de estar tenue de unos quince metros cuadrados.

—Vaya... —suspiro.

Iluminada tenuemente por la luz del sol filtrándose por las cortinas, las paredes y el suelo de la habitación están cubiertos de libros. Volúmenes antiguos y gruesos se apilan sobre los tatamis como si estuviéramos en el despacho de un profesor—claro que nunca he estado en uno, pero la habitación tiene ese aire propio



de un especialista. Entre los libros hay un escritorio bajo como el que podría haber usado un gigante literario de la posguerra, una mesa redonda para comer y tres grandes estanterías. En una esquina hay un escritorio de acero, quizá de IKEA o algo así, con una cama de estructura metálica encima. Mientras tanto, los libros de esa esquina son coloridos y modernos, como los que tendría un estudiante universitario.

—Hace calor aquí. ¿Puedes abrir esa ventana?

—Ah, claro.

Aparto las cortinas y la luz del atardecer inunda la habitación. Al abrir la ventana, entra una brisa refrescante. Dejo la bolsa en el suelo. Luego me quito la gorra y la pongo sobre la bolsa. Mientras contemplo el lugar, pienso que la habitación luminosa parece un pequeño jardín. Curiosamente, aunque está llena de cosas, no parece desordenada. Los objetos parecen haber crecido ahí por su propia voluntad, como plantas.

—Suzume —dice Souta, mirándome desde una de las estanterías—. Quiero hacer una pequeña investigación. ¿Ves esa caja de cartón encima de esta estantería?

—Sí...

—¿Puedes bajarla para mí?

—Claro.

Me pongo delante de la estantería y estiro el brazo para alcanzar la caja. Está demasiado alta, así que me estiro más. Nada. Me subo encima de Souta. Siento cómo mi compañero de tres patas se ajusta rápidamente para soportar mi peso. Mis manos alcanzan la caja. Es muy pesada.

“.....”

De repente, me entran ganas de reír. Se me curvan los labios. Sostengo la caja y marchó en el sitio unas cuantas veces. Recuerdo su voz elegante y segura cuando salimos de la tienda de conveniencia. Yo dije: “Vaya, sí que eres popular”, y él respondió: “No tanto”. Doy unos cuantos pasos más. Uno, dos. Uno, dos. Luego miro mis pies y sonrío.

—Souta, ¿te importa si te piso?



—...La próxima vez, ¡pregúntame antes! —protesta, y la silla se sacude bajo mis pies. Yo solo grito mientras río.

* * *

La caja está llena de libros. Souta me dice que abra uno llamado “Extractos de los Secretos del Closer”. Solo había visto este tipo de libro tradicional japonés en fotos. El papel áspero está encuadernado con cuerda y parece que podría desmoronarse en cualquier momento. Teniendo cuidado de no rasgarlo, lo abro solemnemente.

Las páginas están cubiertas de ilustraciones. Se me eriza el vello de los brazos y las piernas. Una de las imágenes muestra un volcán. Una aldea y una montaña están dibujadas con tinta negra, pero las llamas que brotan del volcán están pintadas con pigmento rojo brillante. Un río carmesí se retuerce en el cielo. Reconozco bien esa forma.



—¿Eso es... el gusano? —pregunto.

Souta asiente, contemplando la imagen. Cuando miro más de cerca, veo que las llamas no salen de la boca del volcán, sino de un torii en la cima de la montaña. Debe de ser una Puerta. Distingo la palabra “Tenmei” y el número tres en una esquina del dibujo. ¿Cuándo fue eso, en el siglo XVIII?

Souta me dice que pase la página, así que lo hago. La siguiente imagen es de un dragón. Entre las curvas de su largo cuerpo serpenteante hay montañas, aldeas y lagos, como si el dragón y la tierra fueran uno solo. Lo que parecen ser enormes dagas atraviesan su cabeza y su cola.

—Esas son las Piedras Angulares. El Pilar Occidental y el Pilar Oriental —dice la pata de la silla, señalando cada una por turno.

—¿Piedras Angulares? ¿Quieres decir...?

—Sí. Hay dos.

—¿Así que... hay otro de esos gatos?

—El gato es solo una manifestación transitoria —responde con voz baja.

Paso otra página. A cada lado hay un monumento de piedra con una multitud de personas rezando ante él. La palabra “Piedra Angular” está escrita en caracteres rojos en cada monumento, y varias personas vestidas como ascetas de montaña parecen intentar enterrar las piedras en la tierra. En los huecos alrededor de los dibujos hay una caligrafía fina que no puedo leer. El texto junto a las piedras, sin embargo, apenas logro descifrarlo. Habla de “someter la Piedra Angular negra” y “la terrible Piedra Angular del tigre blanco”.



—Los desastres naturales y las plagas vienen de Ever-After a nuestro mundo a través de las Puertas y aterrizan a todos los que están cerca —dice Souta, contemplando los dibujos—. Por eso los Closers vamos cerrándolas. Devolvemos esos lugares a su cuna, a sus verdaderos dueños, los dioses de la tierra, y calmamos la agitación. Pero hay algunos desastres, los terribles, que solo ocurren una vez cada varios cientos de años, que no pueden ser completamente suprimidos cerrando Puertas. Para esas situaciones, se otorgaron dos Piedras Angulares a esta tierra en la antigüedad.

Souta señala otro libro. En la portada pone “Catálogo de Piedras Angulares”. También es un libro japonés tradicional, pero parece décadas (o quizá siglos) más reciente que el anterior. Lo abro. Dentro hay lo que parecen mapas antiguos. Una forma amorfa, como piedras fundidas entre sí, está etiquetada como “Mapa de la Tierra de Fuso”, o al menos eso creo que dicen los caracteres.

Grandes espadas atraviesan cada extremo de lo que parece ser una isla.

—Las Piedras Angulares cambian de ubicación en cada era.

Paso la página a otro mapa antiguo. La línea de costa de este está dibujada de forma más realista. Las dos espadas atraviesan ubicaciones ligeramente diferentes.

—Esto parece...

Paso a la siguiente página. La resolución del mapa mejora. Está lleno de caminos estrechos y fronteras. Las espadas atraviesan la región de Tohoku y un punto debajo del lago Biwa.

—...¡un mapa de Japón!

—Lo es —dice Souta—. Los cambios en el mapa reflejan los cambios en la cosmología del pueblo japonés. Cuando la conciencia de la gente cambia, la forma de la tierra cambia, y también la de sus líneas ley y desastres naturales. Eso, a su vez, cambia dónde se necesitan las Piedras Angulares. Es un cambio lento y constante en la interacción entre las personas y la tierra, así que consagramos las Piedras Angulares donde realmente se necesitan en cada época. Las Piedras Angulares calman la tierra durante décadas, incluso siglos, siempre en lugares que no vemos. Los lugares olvidados.



Solo entiendo una fracción de la explicación objetiva de Souta. Pero sus palabras me traen el recuerdo de la Piedra Angular cuando la vi por primera vez. Las ruinas vacías en verano, la piscina helada, la estatua solitaria... Cuando la toqué, sentí como si me hablara. Quizá estaba oyendo la alegría de un gato, aburrido de su tarea de siglos, que acababa de encontrar una compañera de juegos. Por alguna razón, esa idea encaja perfectamente con lo que Souta me está contando.

—La Piedra Angular que estaba en Kyushu ahora anda por ahí en forma de gato, ¿verdad? —dice, como si pudiera leerme la mente.

—Eh, sí.

—En cuanto a la otra...

Me indica con la pata que pase la página. Hay un mapa familiar del Japón moderno con la etiqueta “Meiji 34”. Eso sería 1901. Souta señala un punto en el mapa. Un monumento de piedra con forma de espada se alza en la región de Kanto.

—¿Tokio...? —pregunto.

—Sí, todavía está sujetando la cabeza del gusano allí. Lo que quiero saber es la ubicación exacta. ¿Dónde está la Piedra Angular en Tokio? Por lo que recuerdo, no está escrito en ningún sitio, y nadie me lo quiso decir. Pero la respuesta podría estar en uno de estos libros.

Paso las páginas según me indica. Cuando terminamos uno, abro el siguiente. Él escanea fluidamente la caligrafía cursiva que yo ni siquiera puedo empezar a descifrar. Mientras lee, su voz se vuelve más grave.

—Dicen que la ubicación de la Piedra Angular en Tokio es el sitio de una Puerta enorme. Una vez, hace cien años, se abrió y desató un desastre masivo en todo Kanto que continuó hasta que los Closers de aquella época la cerraron. Sospecho...

Su voz baja aún más.

—...Sospecho que Daijin puede estar intentando abrir la puerta de nuevo. Si ese gato se está divirtiendo haciéndonos correr de un lado a otro, tenemos que llegar a la puerta antes que él y evitar que lo consiga.



El zumbido constante de los aviones entra por la ventana junto con la brisa. Me sorprende cuántos hay. Entre los rugidos de los motores a reacción se cuela el ronroneo de las motocicletas, el ulular de las ambulancias, el *tap-tap-tap* de los futones siendo sacudidos, los gritos de los niños que vuelven a casa del colegio y el distante traqueteo de un tren. Los pájaros cantan y, no muy lejos, dos personas charlan. Alguien pasa la aspiradora. El zumbido bajo y superpuesto de decenas de miles de coches nunca cesa. Vuelvo a pensar en la enorme cantidad de vidas que se desarrollan en este lugar. Me cuesta imaginar una estatua de piedra antigua o un monumento erguido en silencio en medio de esta ciudad gigantesca.

Los libros que hojeo cambian de manuscritos encuadernados con cuerda a viejos cuadernos universitarios. Ahora los caracteres están escritos con pluma estilográfica, pero la caligrafía sigue cambiando. El que estamos mirando ahora parece un diario de los años veinte, pero apenas puedo leer la hermosa mezcla de kanji y katakana.

—Maldita sea —suspira Souta cuando hemos terminado de revisar todos los libros—. Creo que ese diario tenía la información que busco, pero las palabras clave están tachadas...

En efecto, noto varias palabras censuradas en el diario que tengo abierto. Pensando que quizá pueda ayudar, entrecierro los ojos para leer la página. Antes y después de los parches negros, puedo leer frases como “1 de septiembre, sábado, soleado”, “Mensajero del encargado de la mañana”, “8 AM” y “Aparece el dios bajo la tierra”.

—¡Ya lo veo! —digo.

—¿Lo has averiguado? —pregunta Souta, sorprendido.

—No, lo siento, solo quería decirlo.

Él sonrío con ironía.

—...Supongo que tendremos que preguntarle a mi abuelo.

—¿Qué?

—El maestro de mi abuelo escribió ese diario.

—¿Tu abuelo?

—Sí. Él me crió. Está en un hospital cerca de aquí —dice, mirando de nuevo el libro, y luego añade en voz baja—: No quería decepcionarle presentándome así...

Su espalda encorvada le hace parecer agotado. Así que su abuelo también es un Closer. Deberíamos haber ido a verle desde el principio. Pensaría que un abuelo estaría preocupado por su nieto, no decepcionado. Quizá pueda ayudarnos. ¿O hay alguna razón por la que no sea posible?

De repente, se oye un fuerte golpe en la puerta y doy un respingo.

—¡Eh, Souta, estás ahí? ¡Creo que sí! —dice una voz masculina, golpeando la puerta de madera una y otra vez.



Miro a Souta. La silla mira la puerta con cara de póker, aparentemente imperturbable.

—¡He visto la ventana abierta! ¿Así que has vuelto? ¡Eh, Souta!
—Bang, bang.

—Serizawa... De verdad, justo ahora —murmura Souta.

—¿Quién?

—Un amigo. ¿Puedes inventarte alguna excusa?

—¿Estás de broma? —Souta se desliza hacia la pared. Serizawa sigue golpeando la puerta con rudeza.

—¡Eh, Souta! ¿Puedo entrar?

—¡Argh!

—¡Te oigo ahí dentro! —Bang, bang.

Miro a Souta buscando ayuda, pero él solo dice:

—No es mala persona —y se apoya contra la pared.

Bang, bang. ¿Qué hago?

La puerta hace clic y se abre. El hombre que está en la entrada lleva un mullet teñido casi rubio y una camisa de satén roja desabrochada por el pecho, como un gánster.

—Eh... hola —digo, haciendo una reverencia educada.

—¡Vaya! —Serizawa me mira sorprendido. Tendré que improvisar.

—¿Tú quién eres?

—Eh, soy la hermana pequeña de Souta.

—¿Tiene una hermana pequeña?

—Eh... soy su prima, pero como si fuera su hermana.

—¿En serio?

Entrecierra los ojos fríos detrás de unas gafas redondas a la moda. ¡Ay!

—Eh, tú eres Serizawa, ¿verdad?

—¿Sabes mi nombre?

—Souta me ha hablado de ti.

La mirada afilada tras sus gafas se suaviza considerablemente.



—¿Un examen para obtener el título de profesor? —repito las palabras de Serizawa, sin acabar de creérmelas. Está de espaldas a mí, frente a la estantería.

—Sí —continúa, de mal humor—. Ayer fue la segunda ronda, pero no se presentó. No es propio de él.

—¿El examen fue ayer? ¿En serio? —Miro a Souta, que está apoyado contra la pared. No me mira a los ojos. Se queda ahí, absorbiendo el sol de la tarde y manteniendo su papel.

—Qué idiota. Cuatro años de trabajo, a la basura —dice Serizawa, exasperado. Mira los libros de referencia en la estantería: “Aprobando tu examen de profesor”, “¿Quieres ser profesor?”, “Preguntas reales de Tokio”, “Exámenes para profesores”, “Dominando las materias de primaria con facilidad”. Entre los lomos descoloridos de libros usados, estos títulos destacan, brillantes y nuevos.

—Estaba tan preocupado cuando no se presentó que ni pude concentrarme en mi propio examen.

Se aparta el pelo largo de la frente con irritación y me lanza una mirada por encima del hombro.

—¿Cómo decías que te llamabas? ¿Suzume?

Me encojo. Tiene una mirada realmente desagradable.

—Dile a Souta que no vuelva a asomar su fea cara por aquí. Me ha cabreado mucho.

—Eh...

—Ah, espera... —dice, apartando la mirada como si acabara de recordar algo—. Le presté veinte mil yenes —murmura, y vuelve a mirarme con severidad—. Dile que me los devuelva, pero ya.



—¿Eh...?

—Dijo que el negocio familiar iba mal —masculla Serizawa, metiendo los pulgares en los bolsillos de sus vaqueros negros ajustados y caminando hacia la puerta—. Ese tío tiene que aprender a valerse por sí mismo... Maldita sea... ¿Ni siquiera puede mandar un mensaje cuando está en apuros? ¿Qué es, un crío? No tiene sentido común...

Serizawa se pone los zapatos como si ya hubiera terminado aquí, y conmigo. Me acerco a la entrada. Se calza unos zapatos de punta y abre la puerta.

—Nos vemos —dice, lanzándome una última mirada a mi cara desconcertada. Sale por la puerta.

Justo entonces, el móvil en mi bolsillo vibra.

—¡Mierda! —dice él, y se detiene. Su móvil también vibra, con ese sonido disonante. Saca el teléfono del bolsillo y mira la pantalla.



—Una alerta de terremoto. Me pregunto si lo notaremos.

Me pongo los zapatos en silencio y paso junto a él fuera de la habitación. Dice algo que no alcanzo a oír, pero no tengo tiempo de responder. Me inclino sobre la barandilla del pasillo común y miro la ciudad.

—Se ha parado —dice él.

Nuestros móviles están en silencio.

—¿Estás bien? —me pregunta, asomándose a mi cara.

—...Está cerca —suelto, ignorando su pregunta. Mucho más cerca de lo que esperaba.

Más allá de las filas de casas y edificios de usos múltiples, quizá a doscientos o trescientos metros, se alza una columna rojiza y negra. Retorciéndose lentamente entre los huecos del cielo entre los edificios, ese río fangoso parece una escultura enorme y sin sentido lanzada en medio del espacio urbano. Bandadas de cuervos giran alrededor del gusano, graznando.

—¡Joder, cuántos pájaros! —dice Serizawa a mi lado—. Están cerca del río Kanda. Me pregunto si habrá algo en el agua.

Él no puede ver—no la parte importante. Noto un sonido de traqueteo.

—Vámonos —susurra Souta de repente, a mis pies.

Lo levanto y echo a correr.

—¡Eh, espera, adónde vas! —grita Serizawa tras de mí.

No miro atrás. Mientras bajo corriendo las escaleras del edificio, pienso: ¿Un examen de profesor? Pero... Pero Souta no me ha dicho ni una palabra de eso.

